

Viajes por Filipinas: De Manila á Marianas

Viajes por Filipinas
De Manila á Marianas

Por
Don Juan Álvarez Guerra

(Primera Edición)
Madrid
Imprenta de Fortanet
Calle de la Libertad, Núm. 29
1887

Al Excmo. Sr. D. Rafael Izquierdo

A usted, mi querido General, á quien tanto debe Filipinas, se debetambién este libro. Usted me nombró para una misión científica en elPacífico. El nombramiento originó un viaje, el viaje, el libro que tiene la honra de dedicarle su buen amigo

,

El Autor

NOTA. Dedicatoria de la primera edición. El General ha tiempo murió,mas su memoria me es tan respetada, como cariñosa y leal fué mi amistad mientras vivió.

ÍNDICE DE CAPÍTULOS

CAPÍTULO I.

La
banca
.—El estero.—La chaqueta y el chaquet.—Nuevascostumbres.—¡Manila progresa!—El
catapusan
, el
sarao y
la
soirée
.—Colocación de nombres.—Meiisig.—El río deBinondo.—El Pasig.—La barra.—La
María Rosario
—El adiós áManila.—Cavite.—Costumbres—Moysés y las doce tribus—La primeranoche abordo.—
El baldeo.—La laguna encantada.

CAPÍTULO II.

Recuerdos de Silam.—Ordoñez y Oñate—El
yo cuidado.
—Enmarcha.—Sungay.—Talisay.—La Capitana Ramona. Tiempo viejo.—Loslabios de un chico y la
boca de una chocolatera.—Perlasy brillantes—Laguna encantada.—El cráter.—Volcán deTaal.—
Grandiosidad del volcán—Erupciones notables.—Sueño del coloso.

CAPÍTULO III.

Punta Matoco.—Calmas.—Isla Verde.—El sudeste.—Marinduque y

Mindoro.—Razas salvajes.—Sus costumbres.—Los negritos netas.—Su

manera de ser.—
Inalug
y
Acubac
.—De puerto Galera á punta

Bunga.—Horizontes de Marinduque.—Isla Banton.—El Padre Pablo.

CAPÍTULO IV.

El fraile en Filipinas.

CAPÍTULO V.

El Estrecho de San Bernardino.—Cabeza Bondog.—Ruinas.—El volcánMayon.—¡Ancla!—San
Jacinto.—Su Iglesia.—La india Ignacia.—Eltoque de oración.—El
atung-taquis
.

CAPÍTULO VI.

La mujer india.—Angué.—Pepay la sinamayera.—¡¡¡Una!!!

CAPÍTULO VII.

España en Filipinas.—Colonización.—Política.—Toleranciareligiosa.—Juramento chínico.—Pascuas,
festejos yConfucios.—El
matandá.
—El municipio dentro del municipio.—Elepleado.—Patriótico aviso.—Desconocimiento de
Filipinas.—Reformasy mejoras.

CAPÍTULO VIII.

Islote de San Bernardino.—El Gran Pacífico.—Cielo yagua.—Nostalgia.—El secreto de las mareas.—
Calma sospechosa.—Pescadel tiburón.—Los crepúsculos en la mar.

CAPÍTULO IX.

¡Orza!—De vuelta y vuelta.—Tiempo duro.—Siniestros preparativos.—Falta de crepúsculo.—
La piel de zapa
.—Eltifón!—Baja de barómetros—¡Pobre
María Rosario!
—Horas de agonía.—Las seis de la tarde del cinto de Agosto.—¡Una pulgada de descenso!—Salida de
la luna.—Esperanzas.—Fúnebres fechas.—El
Malespina.
—Cuatro días sin comer.

CAPÍTULO X.

Veintitrés grados en treinta y tres días.—Inseguridad en la monzón del SE.—Calmas desesperantes.—Los
viajes largos.—Los ranchos.—¡Tierra!—Costas de Guajan.—Islote de las Cabras.—Puerto de San Luís de
Apra.—Vegetación de Marianas.—La sanidad y la capitania del puerto.—Desembarque.

CAPÍTULO XI.

Historia de las Marianas.—La tradición.—Los chamorris.—Intolerancias.—El
Pico de los amantes
.—División de razas.—Tinian.—Sarcófagos antiguos.—La casa de
Taga
—Leyendas y supersticiones.—Cultos y creencias.—Los
macambas
.—El
zazarraguan
y el
caifi
—Los
anitis
.—La peña de
Fuuña.

CAPÍTULO XII.

El siglo XVI.—Hernando de Magallanes.—Capitulaciones.—La
Capitana
, el
San Antonio
, la
Victoria
, la
Concepción
y el
Santiago
.—Sebastián Elcano.—Llegada al Brasil.—Invernadas.—Rebelión a bordo.—Comunicaciones de
mares.—El paso del Sur.—Bula de Alejandro VI.—Las Velas latinas.—Islas de los Ladrones.—
Navegación penosa.—Isla de Cebú.—Muerte de Magallanes.—La
Victoria
.—Vuelta al mundo.—Llegada a Sanlúcar.—Otras expediciones.—Legaspi.—El navío
San Damián
.—Luís de San Vitores.—Doña Mariana de Austria.—Primera misión.—Verdadera posesión.

CAPÍTULO XIII.

Adelantos de la misión.—Oposición de los macambas
.—Saipan y

Rota.—Los urritaos
.—Tradiciones, usos y costumbres.—Colegio de San

Juan de Letrán.—Crónicas de los jesuítas—Hostilidades.—Asesinato de

San Vítores.—Una modesta cruz.—Los Padres Solano y Ezguerra.—El

almirante Coello.—Nuevos asesinatos.—Represalias.—D. Juan

Santiago.—El Gobernador Irrisari.—Descubrimientos al Norte de

Agaña.—Marianas en el siglo XVIII.

CAPÍTULO XIV.

Archipiélago de las Marianas—Historia moderna—Guajan.—El pueblode Agaña.—Puerto de Apra.—Punta Patí.—Flora y fauna.—La mujer deMarianas.—M. Arago.—Ingratitud.—Caridad española.

CAPÍTULO XV.

La plaza de Agaña.—La iglesia.—El monte de Santa Rosa.—Laatalaya.—El reloj de Agaña.—Faro original.—Vida en Marianas.—Casas,huertas, cultivos, ríos.—Vegetación de Oriente.—El árbol del pan, y el dug-dug
.—Cageles.—La Isla de Pagan.—Riquezaperdida.—Desconocimiento del país.—Reputaciones usurpadas.—Entierra de ciegos....—Hormigas coloradas y ratas.—Los caballos y las auroras

CAPÍTULO XVI.

Reducción de vecindario en las Marianas.—Islas habitadas.—Rota.—Supoblación.—Promesa religiosa.—Comercio y agricultura.—Antiguasinvernadas.

CAPÍTULO XVII.

Población.—Razas.—La providencia del salvaje.—Los carolinos.—Gastosé ingresos.—Milicias urbanas.—El chamorro.—Sus inclinaciones,su moral, sus trajes y costumbres.—Ilustración.—El Padre Ibáñez yD. Felipe de la Corte.—Cuatro palabras por vía de epílogo.

CAPÍTULO I.

La banca
.—El estero.—La chaqueta y el chaquet.—Nuevascostumbres.—¡Manila progresa!—El catapusan
, el sarao
y la soirée.—Colocación de nombres.—Meiisig.—El río deBinondo.—El Pasig—La barra.—La María Rosario
.—El adiós aManila.—Cavite.—Costumbres.—Moisés y las doce tribus.—La primeranoche abordo.—El baldeo.—La laguna encantada.

Los primeros albos del nacimiento del 10 de Julio de 1871, apenas se transparentaban por las conchas de mi alcoba, cuando fui despertado por el criado, anunciándome que las bancas estaban listas en el estero para conducirnos a bordo.

Una ligera escalinata une el río de Binondo con la casa, así que, previos todos los correspondientes requisitos de marcha, desde reconocer los bultos, hasta dirigir la última cariñosa mirada á los muros que han sido por largo tiempo confidentes de nuestras amarguras y testigos de nuestros placeres, muros que á nadie más que á mi romperán su mutismo, si algún día vuelvo á interrogar sus blancos lienzos con el lenguaje de los recuerdos, pasé de la casa al bote, al par que los aljofarados dedos de azul y nácar de los genios del Oriente abrían los espacios para dar paso al majestuoso gigante de la luz.

La corriente favorable á consecuencia de la alta marea y la desusada actividad de seis remeros aguijoneados con la esperanza de una propina, hacían que las batangas se deslizaran rápidamente por el estero.

Aquí, si nuestro trabajo no llevara el carácter de un viaje á laligera, nos detendríamos en muchas páginas; mas, sin embargo, como la rapidez de una banca no es, ni la que da aliento una caldera de vapor, ni una ventolina de empopada, ni aun la pujanza de cuatro hijos de las verdes vegas de la Cartuja, tenemos tiempo de ver y apreciar en el largo espacio que media desde el Trozo hasta que se entra en el caudaloso Pasig.

Que Manila podía ser una segunda Venecia nadie lo ignora. Tiene en lo que constituye sus arrabales, la vida y la actividad, donde fluyen las transacciones, la riqueza y casi casi nos permitiríamos decir, que el buen tono. Hoy Manila también tiene buen tono.

La moda lo mismo traspasa masas inmensas de granito, como grandiosos Océanos de agua salada.

De allende los mares vino un rumor que propalaba que en otras ciudades había palacios y parterres, con flores, pájaros y fuentes, y Manila quiso tenerlos. La piqueta abrió cimientos, el martillo golpeó la piedra, la paleta mezcló argamasas y ... las antiguas costumbres representadas por la clásica chaqueta blanca y el ligero sombrero de Burias, temblaron en los modestos aparadores de sus tradiciones y de su dilatada historia.

Los
hoteles
del Sena, las quintas suizas y los palacietes de Recoletos tuvieron un eco que contestaba á los rumores
que trajola moda.

Lo que fueron modestas barriadas, hoy se llaman
calzadas
porel vulgo, pues en el
argot
del gran mundo se llaman barrios aristocráticos.

Hemos dicho, creemos por dos veces, que Manila tiene su gran tono, que hace lo que en todas partes,
esto es, nada: vive á la superfluidad del botón de la librea y la tersitura de la cabritilla; sus
disgustos están compendiados en el
aristín
del caballo, en los milímetros del sombrero del cochero, en la estatura del lacayo, en la arruga del frac ó
en la pureza de una piel que la Rusia ha hecho necesaria.

Los cimientos de los aristocráticos barrios relegaron á su fondola clásica chaqueta, apareciendo prendas tan
poco conocidas en el Archipiélago, como el chaleco, el sombrero de copa y el chaqué.

Esto era en los cimientos, pues antes de abrirse aquellas hijas legítimas del viejo mundo, en este [1]
andaban por connaturalizar apareciendo vergonzosas, mustias y deslucidas con alguna que otra caricia
de los insectos del poco uso, cuando el repique de todas las campanas convocaba al Real Gobernador,
al Real Acuerdo, al Real Consejo, al Real Cuerpo de Alabarderos del Real Sello, para oír de bocas
reales
in partibus
decretos de la Real Majestad que gobernaban los dos mundos.

El imperio de la chaqueta era tan general como lo real; por entonces todos vestían chaqueta, como todos
perteneían á una corporación, municipio, archicofradía ó instituto real.
Todo era chaqueta y todo era real.
La majestad andaba en chaqueta.

Mas ... cesaron de venir las
naos
, se bendijo la aduana de Manila, la que decía un célebre rey llegaría á verla desde Madrid,
calculando su altura según su coste; se establecieron los chinos, desaparecieron los velones de tres
mecheros, dando plaza á las modestas
virinas
, que á su vez habían de dejar el campo á los dorados, los bronce y los cristales tallados.

El imperio de la hoja de lata, hermana gemela de la chaqueta tocaba á su fin.
El ruido de la piqueta que abría los cimientos de las nuevas costumbres era el memento de su existencia.

Tras las primeras piedras vinieron las escalinatas, más tarde los
parterres
, y por último, las verjas, apareciendo en estos
progresos
el frac, el aceite de bellotas, las libreas, los velocípedos, los polisonos y los ataques de nervios.

Ya apenas existe el recuerdo de la chaqueta, verdad es que la vida de

Manila en sus relaciones con el
confort
camina á pasos agigantados.

Aquí, donde el centígrado marca una temperatura que derrite, há mesesque se expenden (!) pieles, y facturas de ... guantes de cabritilla(!).
Los guantes de cabritilla son coetáneos de la escarapela en losseñores de los pescantes y el clat en los señores de los salones.

Antes en Manila se conocía al dueño de un coche por su cara, hoy sele conoce por su cochero, que viene á ser el alias ó seudónimo dasu amo ...

¡Manila progresa!

Los alegres
catapúsanes
se llamaron
saraos
y hoy
soarees
consu
buffet
, sus emparedados, su ponche á la romana y hasta su PetitJournal
ó su Correspondencia
, que al día siguiente pregona que labella señorita de tal estaba hecha una princesa, su mamá una reinay su papá un bajá de tres colas, que dando la majestuosa familiaencantada de las letras, por más que saquen astillas del individuoque las escribe.

¿Sí eh? ¿con qué también hay eso?

Ya lo creo, como que Manila adelanta, y vaya V. á dar gusto enletras de molde á una sociedad que adelanta. Como al pobre infelizque empuña la trompeta de la publicidad se le olvide un detalle,como deje de decir que una lámpara tenía seis luces ó que el niñopequeñito hizo la desgraciada gracia de verter sobre una falda ó unpantalón una bandeja de sorbetes, ó que en un guardapelo ó pulserase leía la inscripción de Perico, de Luís, ó de Pepe, harto tiene elpobre gacetillero, y más de una vez oirá cosas que le harán renegardel incienso vertido y de las prodigadas alabanzas.
Pues no digo á ustedes nada en la cuestión de colocación de nombres;aquí el simple resentimiento, se convierte en un proceso compuestode un sin número de cargos.

Si Fulanita tuvo tienda de sombreros, y la han puesto antes que á mi,que tengo un escudo más grande que el del Cid, con más barras quelas de Aragon y más leopardos que en el San Gotardo; que Zutanitaha sido preferida cuando no há mucho que decía miste que Dios ;que la de más allá esta encima de la de más acá, siendo aquella unaempleada subalterna, y la mamá de la agraviada siete veces usía; quemí primo el ministro me da derechos; que mi posición, que mi marido,que mi modista me los dan á mí, estas y otras reflexiones in mente
ó

in lengua
mezcladas con adjetivo más ó menos duros contra el pobre autor, constituye la
comidilla
, del día siguiente.

Por último, caballeros, que Manila progresa lo atestiguan los libros de caja de Roensch y Madama Sprin.
Sin querer hemos llegado á la caja, es decir hasta el dormitorio de la moda.

Hemos presentado el teatro.

Respetemos los bastidores....

Estas y otras observaciones iba haciendo á dos buenos amigos que me acompañaban: uno de ellos que viene
interviniendo hace muchos años en los acontecimientos de mi vida y que alberga en su alma tanto
cariño, como en su cabeza buenos pensamientos, me oía sin pestañear, no sé si por el asentimiento de la
conformidad ó por el ensimismamiento producido por la idea de la separación: ambas á dos cosas podían
ser, pues lo primero es verdad, como verdadero lo es el cariño que desde nuestros primeros años nos une.

Los remeros seguían bogando y yo charlaba comparando la vida de los arrabales por los cuales se
deslizaba la
banca
, con la sombría y triste que se experimenta en el recinto amurallado.

Hemos dicho que Manila podía ser una segunda Venecia, pero ... no lo es.

Tiene canales, pero estos no reflejan obras de arte, sino en su mayoría ruinas y suciedad; sobre sus
aguas no se pasean poéticas góndolas, templos del amor y del arte, sino sucias
bancas
tripuladas por nombres sucios remeros; no esponjan las plumas en sus orillas cisnes ni oropéndolas,
mas en cambio invaden la corriente, que mentiríamos si dijéramos cristalina, sílfides
chinas
y bronceadas ondinas.

Volvemos á repetir que Manila, ó mejor dicho la nueva Manila, que la forma la inmensa población que
se ha creado fuera de los fosos, podía ser una segunda Venecia, no lo es, no por falta de deseos, ni por
falta de conocerlo, sino porque se opone hoy por hoy la tradición de la costumbre, la indolencia que
crea el suelo, la manera de ser de la localidad y los cuantiosos caudales que habrían de gastarse en la
limpieza, arreglo y conservación de los muchos
esteros
que serpentean por
Binondo, Quiapo
y
Tondo
.

La suciedad en que á pesar de la vigilancia que se ejerce están los
esteros
, principalmente se debe á la inmensa emigración de chinos, los cuales, en gran número habitan sus
orillas, impregnándolas de la incuria y falta de limpieza que ellos observan. El chino es la
entidad jornalera más perfecta que se conoce en Filipinas, pero también es la panacea más acabada de la
hediondez, la cual únicamente se puede contrarrestar con las continuas y eficaces requisas de la
autoridad que vigila sus domicilios, verdaderos tugurios en que se hacen cientos de ellos.

Contemplando los modestos
bajais
de caña y

nipa
entremezclados de alguna que otra construcción de piedra y tabla, llegamos al puente de
Meiisig
, variando a los pocos golpes de remo la diversidad del paisaje, puesto que a la desembocadura del
estero desaparece la caña y la nipa por regulares construcciones de sólidos materiales.

A medida que el río de Binondo camina a su desagüe, aumenta el movimiento en sus orillas y en sus
corrientes. Cargadores chinos provistos de resistentes
pingas
, pesados
cascos
repletos de
abacá; paraos, bancas
y botes llenos de mercancías que la exportación de las provincias del Norte, de China y del Japón traen
al mercado de Manila, es lo que compone el cuadro hasta los límites, en que el modesto Binondo
confunde sus aguas en las caudalosas del que nace en la extensa Laguna de Bay, entre la salvaje poesía
que despiertan los panoramas que presentan el
Castillo de flores
, el
Pecho de Dalaga
, los
Tanques de Paquil y
las bellezas del
Talim
.

Una vez dentro de las aguas del Pasig, el movimiento de la banca se hizo duro a consecuencia de la
corriente y la marejada.

Dejamos por la popa el puente de Barcas, único paso gratuito que une el viejo mundo manileño con el
moderno, y
voltejeando
por entre barcos de todas especies y dimensiones, pasaron ante nuestra vista los artesonados góticos de
Santo Domingo, las
columnatas
(!!) de los camarines de la Aduana provisional (si no fuéramos de prisa, verían nuestros lectores que en
Filipinas todo es provisional), los bonitos
parterres
de la Capitanía del Puerto, los sombríos muros de la Fuerza de Santiago, la actividad del
Carenero
y el extenso Malecón.

A medida que nos acercábamos a la
barra
, la boga se hacía más difícil.

Estábamos a medio cable de aquella. Cuatro golpes de remo, y la quilla de la
banca
entraría en los inmensos dominios de los mares.

Fijamos la última mirada en la blanca espuma que incessantemente nace y muere al gemir de las olas
que rompen en las piedras del Fuerte del Sur, y ... ¿cuál es la

María Rosario
? pregunté al patrón.

—Aquella, señor,—dijo, señalando un barco armado de
brick-barca

Los detalles de la
María Rosario
, cada vez se iban delineando con más precisión. La extensión de su
guinda, eslora
y
puntal
era proporcionada, no así su
manga
que era mucha, lo que nos hizo presagiar que sus balances habían de ser muy sensibles.

La
María Rosario
estaba lista para darse á la vela con rumbo á las islas Marianas.

A las ocho de la mañana pisamos la meseta del portalón de babor, recibiéndonos los ladridos del perro más gordo que jamás hemos visto. Posesionados de la cubierta después de arreglar el camarote, esperamos la visita de salida. A las doce, listos en toda regla, dimos vela con todo aparejo largo en demanda del Corregidor, con viento flojo del N., mar tranquila, barómetros altos y horizontes celaginosos. A las tres de la tarde el viento seguía muy flojo, en cambio el calor era insoportable. Apenas andaríamos una milla por hora.

A la banda de
babor
teníamos las costas de Cavite.

¡Cuánto recuerdo tiene para nosotros Cavite!
Le queremos cual si fuera el pueblo que nos vio nacer; entre su alegre bullicio pasamos muchos meses encontrando cariño, consuelo y amistad.

El
istmo
de San Roque con su
mar
de Bacoor, incesantemente llenado de empavesadas
bancas
que traen y llevan cigarreras;
el seno de Cañacao
donde encuentra un seguro anclaje la flotante población de nuestros alegres marinos; las populares
fiestas de
Porta Vaga
con los
pantalanes
incesantemente llenos de alegres caras, que van y vienen en pequeños vapores engalanados y provistos
de músicas; las decidoras
sanroqueñas

Thank You for previewing this eBook

You can read the full version of this eBook in different formats:

- HTML (Free /Available to everyone)
- PDF / TXT (Available to V.I.P. members. Free Standard members can access up to 5 PDF/TXT eBooks per month each month)
- Epub & Mobipocket (Exclusive to V.I.P. members)

To download this full book, simply select the format you desire below

